

Enric TELLO

La historia cuenta. Del crecimiento económico al desarrollo humano sostenible
Barcelona, El Viejo Topo, 2005, 378 pp.

Este libro de Enric Tello resulta, en principio, bastante difícil de catalogar. No es una monografía de investigación en historia económica al uso, pero aporta una visión renovada de muchos problemas objeto de esa disciplina, utilizando un aparato bibliográfico muy considerable que demuestra un nivel de lecturas que me atrevería a calificar de poco usual en la profesión. No es tampoco un manual de historia económica, aunque hay páginas en las que se realizan resúmenes de procesos históricos clave que pueden ser de gran utilidad para los docentes y para los estudiantes avanzados. Tampoco se trata de un libro de historia del pensamiento económico, pero va haciendo un repaso crítico de algunas de las teorías de los principales economistas, desde los clásicos hasta Amartya Sen, pasando, entre otros, por Pareto, North, Georgescu-Roegen o Hirschman que resulta, en muchos aspectos, esclarecedor. Finalmente, no es tampoco un libro de política económica, aunque en sus planteamientos se decanta claramente por una forma determinada de hacerla, que tiene mucho de crítica bien argumentada a esa corriente tan extendida que considera al mercado como único elemento relevante para la toma de decisiones y de apuesta por el avance de la democracia y la participación como elemento clave para la construcción del desarrollo. Las referencias, más allá de los economistas, a sociólogos, politólogos, ecólogos, físicos o biólogos dotan al trabajo de un carácter multidisciplinar, coherente con los argumentos que defiende. La utilización de abundantes citas textuales dando voz propia a otros autores, dan al libro un aspecto coral (como el propio autor dice al principio) y resulta muy útil para entender mejor algunas de las propuestas que se van realizando. Se trata, por tanto, de un libro inusual, pero que, precisamente por ello, es muy recomendable.

El argumento central se resume, en gran medida, en el título, ya que el libro se articula en torno a la idea de que "la historia cuenta" (*history matters*) como herramienta para entender las encrucijadas del pasado y también qué opciones se han ido tomando implícitamente a lo largo del tiempo. Y esta concepción de la historia como algo no predeterminado, sino como un proceso social en constante construcción, es básico en el propósito de la obra. Como el mismo autor señala en la introducción "si la historia cuenta, entonces el futuro no está decidido" (p. 13) y somos nosotros (las generaciones actuales) quienes podemos modelarlo ayudándonos, entre otras cosas, de los conocimientos que el estudio de la historia nos puede aportar. A partir de ahí, el autor realiza un repaso de lo que se podrían considerar como formas alternativas de entender la economía y su evolución a lo largo del tiempo en el que, a mi modo de ver, subyacen dos ideas clave: en primer lugar, que el paradigma del crecimiento económico ilimitado debería ser sustituido por uno nuevo que prime el desarrollo

humano y que incorpore como una parte sustancial del mismo el concepto de sostenibilidad ecológica; y, en segundo, que las reivindicaciones sociales a través del “empoderamiento” de los débiles a lo largo de la historia casi nunca han sido en balde; a esas luchas les debemos una parte del desarrollo que hemos alcanzado, y, en consecuencia, ampliar la capacidad de participación efectiva de la gente resulta clave para el futuro.

El libro se divide en cuatro partes más un epílogo que, en este caso, no está firmado por el autor, sino por tres mujeres (Anna Bosch, Cristina Carrasco y Elena Grau). Cada parte tiene una estructura compleja y unos contenidos abundantes y ricos que, en el espacio aquí disponible, resultan difíciles de sintetizar sin caer en el reduccionismo, pero que a muy grandes rasgos se podrían resumir como sigue. La primera parte (“La historia cuenta”) es principalmente un repaso de los encuentros y desencuentros que se han producido en las últimas décadas entre economía e historia y finaliza con una reivindicación de la perspectiva “post-autista” propuesta por McCloskey y una invitación a tender nuevos puentes entre ambas disciplinas. La segunda parte (“Del crecimiento económico...”) es, en realidad, una explicación razonada de las limitaciones que tiene la medición económica tradicional para entender las cosas en términos de bienestar humano. A eso se añade la exposición de algunas alternativas que permiten observar la evolución económica desde una perspectiva mucho más amplia que la del mero crecimiento del PIB. Las páginas finales de esta segunda parte, en las que se analiza el proceso de revolución industrial, resultan especialmente atractivas.

La tercera parte (“...al desarrollo humano”) comienza con una explicación de las diferentes etapas del crecimiento económico capitalista desde el siglo XIX, para centrarse después en los efectos de la crisis económica de los años setenta del XX que, desde el punto de vista ideológico, acabarían desembocando, hasta nuestros días, en una expansión del neoliberalismo como doctrina prácticamente hegemónica. A partir de ahí, el análisis se centra en poner al descubierto algunas de las debilidades de esa doctrina y en demostrar que si en muchas ocasiones el crecimiento económico ha ido (y sigue yendo) acompañado de un incremento de la desigualdad (a escala nacional o global), no es porque ese hecho haya sido (y sea) necesario e inevitable, sino más bien porque las opciones económicas predominantes, que como cualquier otra opción no son neutras desde el punto de vista de la distribución, han potenciado esa tendencia. La cuarta parte (“...ecológicamente sostenible”) muestra, en primer lugar, los problemas ambientales generados por el proceso de crecimiento, especialmente del siglo XX, y plantea el concepto de sostenibilidad en un sentido amplio, concebido como una “nueva ilustración”. A partir de ahí, se centra en presentar una serie de herramientas que ya viene utilizando la economía ecológica y que permiten descubrir las complejas relaciones que se establecen entre economía y naturaleza.

Finalmente, el epílogo (“Verde que te quiero violeta”), aporta una mirada, desde el feminismo, a algunos de los temas tratados en las páginas anteriores. A través de una exposición de las coincidencias y de las diferencias entre la visión ecologista y la visión feminista de la economía, las tres autoras reivindican el papel central de las mujeres en la satisfacción de las necesidades humanas básicas (la mayor parte de las veces desde el ámbito no mercantil y no lucrativo) y, a partir de ahí, realizan un análisis de algunos aspectos clave, como pueden ser los procesos de trabajo o el propio control del tiempo, para proponer una nueva visión de la economía que debería someterse al objetivo básico del “sostenimiento de la vida” (en un sentido humano y ecológico) y no a “las exigencias de la producción mercantil”.

A mi modo de ver, uno de los principales logros de este libro es que realiza una profunda crítica a la visión predominante de la economía, pero lo hace a través de la presentación de toda una serie de posibilidades de análisis alternativo que, precisamente por su potencialidad, ponen en evidencia las principales debilidades de la economía tradicional. Por poner algunos ejemplos: frente al flujo circular de la renta, el flujo circular de la riqueza social; frente al *homo economicus*, el *homo reciprocans* como sujeto que se guía por motivaciones más complejas que la maximización de su utilidad; frente a la renta como única vara de medir el bienestar, la teoría de las necesidades humanas y la diferenciación entre éstas y los satisfactores o la consideración del desarrollo como algo por lo que hay que optar conscientemente y no como un mero resultado del crecimiento; frente al mercado como único ámbito válido de interacción económica, la relevancia de lo comunitario, de las instituciones y de los derechos de acceso (*entitlements*), y la importancia también de respetar o construir otros espacios en los que poder ejercer la lealtad, la voz y la salida de Hirschman; frente “al teorema de la imposibilidad” de Arrow, las nuevas teorías de la democracia de Sen; frente a la práctica invisibilidad, en fin, de la naturaleza en el análisis económico, la posibilidad de integrarla y de actuar en consecuencia a través de herramientas como el metabolismo social, la “huella ecológica” o la “mochila de materiales”. Y a ello cabría añadir también las aportaciones desde el feminismo sobre la incorporación de otros métodos de análisis, como la “huella civilizadora” o el “déficit civilizador”.

Semejante recopilación de propuestas hacen que el libro sea denso y, a veces, difícil de seguir, no tanto en los aspectos concretos que va tratando, como en el hilo argumental que une todos ellos. En este sentido, cabe decir que nos encontramos ante un intento muy loable de ir construyendo una nueva teoría económica global que incorpore todos esos elementos, pero implícitamente se detecta que el cemento que trata de unirlos necesita todavía cierto tiempo para fraguarse. Por lo demás, éste es un libro valiente, en el sentido de que no esconde en ningún momento sus opciones ideológicas. Es más, desde el principio apuesta claramente por lo que se podría denominar como la opción *altermudista* que, bajo el lema “otro mundo es posible”,

trata de contrarrestar el pensamiento económico dominante. Pero, como se desprende de todo lo dicho hasta aquí, esa opción se apoya en una crítica bien fundada y en un análisis riguroso de las alternativas, además de apostar claramente por el diálogo como elemento imprescindible para avanzar en esa dirección. Como señala el propio autor en la introducción, “para no caer en la insularidad del pensamiento hay que leer y conversar con quienes no defienden las mismas cosas” (p. 15).

“La historia cuenta” es, en definitiva, un libro heterodoxo (en el buen sentido de la palabra, claro) que probablemente puede levantar entusiasmos y despertar fuertes críticas totales o parciales, pero que, sin duda, abre una oportunidad para repensar muchos conceptos y para debatir. Y eso, en un ambiente académico vivo y abierto, debería ser muy bien recibido.

Iñaki Iriarte Goñi
Universidad de Zaragoza